

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8602

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Loreite, rue Caumartin, 6; Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador: D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

Lunes 30 de Junio de 1890.

## Salicilatos

DE BISMUTO Y CERIO

de VIVAS PÉREZ.

Aprobados por la Real Academia de Medicina de Granada, recetados por los médicos y adoptados por los hospitales.

CURAN INMEDIATAMENTE como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de VÓMITOS Y DIARREAS, DE LOS TÍFICOS, DE LOS VIEJOS, DE LOS NIÑOS, COLERA, TÍFUS, DISENTERIAS, VÓMITOS DE LOS NIÑOS Y DE LAS EMBARAZADAS, CATARROS Y ÚLCERAS DEL ESTÓMAGO, ERUPTOS PÉTIDOS PÍROXIS. Ningún remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos resultados que son la admiración de los enfermos.

PRECIOS: En España: CAJA GRANDE. 5'50 pesetas. PEQUEÑA, 2 pesetas.

Cuidado con las falsificaciones porque no darán resultado. Exigida la firma y marca de garantía.

DEPOSITO GENERAL:

ALMERIA. FARMACIA VIVAS PÉREZ donde se remiten por correo a todas partes enviando 75 cts. más por certificado. POR MAYOR: Madrid, M. García y Sociedad Ibero Universal Barcelona. Sociedad Farmacéutica é hijos de J. Vidal y Rivas, de Alomar y Ulrich. Cartagena, Abad y Romero Germanes. De venta en todas las boticas de las provincias y pueblos de España, Ultramar, Buenos-Aires y en toda la América del Sur.

Depósito al por mayor á los Sres. Fernandez hermanos y compañía.

## LA SEMANA ANTERIOR.

Poco ha dado de sí la semana pasada. Pendiente toda ella de la marcha emprendida por la enfermedad cólerica, apenas si hemos tenido ocasión de ocuparnos de otra cosa.

Hace quince días que estamos lo que se llama con el alma en un hilo.

Cada telegrama que llega de Madrid, hace cambiar el aspecto de nuestros rostros.

Cuando, después de saber por un despacho telegráfico recibido aquí ó allá que el cólera decrece, y considerarnos por tanto libres de sus garras, llega otro en que se dice lo contrario, las caras de los que rodean al lector—y la de éste inclusive—palidecen, dibujándose en todas ellas, evidentes señales de un miedo muy regular.

Pero, viviendo y aprendiendo. Conocíamos el cólera morbo. El cólera esporádico. Ahora, tenemos la satisfacción de saber que también lo hay espasivo. Afortunadamente el que este verano se padece tiene poca expansión.

Como si dijéramos un cólera callado; es decir, que no es charlatan; que se presenta, en una palabra, sin previo anuncio.

Ya esto es una ventaja.

Indudablemente, cada vez que el huésped del Asia nos hace una visita, resulta de mayor etiqueta, no solo porque permanece menos tiempo entre nosotros, sino también porque *saluda* á menor número de individuos.

Esto está reconocido por aquellas personas, que se las entienden con él, y á quienes nosotros llamamos médicos.

Si esto es verdad, como yo creo á pie juntillas, verán ustedes cómo dentro de un par de siglos se abstiene de visitarnos.

¿Usted, dice que no? Pues ya lo veremos.

Los Juanes y los Pedros han celebrado sus días en la última semana!

¡Vaya unos Santos! ¡Qué ruido me-ten!

Entre carretillas *amílicas* y *cuernazos*, los reciben en medio de las calles los aficionados. Y como quiera que este recibimiento es de noche, y el tiempo es *crudo*,

para no pasar frío, se enciende, asás intensas hogueras que causan algunas veces desgracias de varios géneros.

Pero esta es la costumbre y hay que respetarla.

La semana ha sido para los confiteros... y los boticarios.

Los primeros no han tenido manos para confeccionar platos montados. Los segundos han despachado purgantes á diestro y siniestro.

En general hay tanto goloso y tanto gloton...

Vico continúa en el Circo poniendo los pelos de punta á María Santísima.

La mayor parte de las noches se nos muere el pobrecito, y muere satisfechísimo: primero porque una vez que espire concluye de trabajar: segundo por estar escuchando tanto y tanto aplauso

El público—en cambio—se aflige. ¡Anomalías! El río y los otros lloran.

Entre aplausos se levanta el telón y el muerto resucita.

Entonces los pechos se ensanchan.

Pero á la siguiente noche se estrechan otra vez.

Una señora me decía en el Circo unas semanas pasadas: «Cuando á Vico le llegue su última hora no se morirá mejor que en escena.»

Mejor, no contestó—pero si más á conciencia.

J.

## UN DEDO DEL PIE.

El doctor Pinitzer, que se ha dedicado á estudiar cuantos pies ha podido tener á mano, ha hecho la revelación de que antes de que transcurran muchos siglos el pie humano tendrá cuatro dedos en vez de cinco, y de que al final de los tiempos el hombre tendrá una especie de pezuña hendida en vez de pie viniendo por ende á copiar el pie del macho cabrío, que atribuyen al diablo las estampas y las antiguas tradiciones de brujas y de aquellos.

Científicamente el dedo pequeño del pie se compone de tres falanges, pero esto era antes.

Ahora, en la mayor parte de los casos las tres falanges no existen más que en teoría, pues en la práctica no resultan más que dos.

El 40 por 100 de los pies estudiados por el D. Pinitzer, no tienen más que dos falanges en el dedo pequeño del pie. Y del otro 60 por 100 30 presentan indicios de empezar á soldarse dos falanges, primer paso para suprimir una de ellas.

Como es natural, lo primero que dieron por hecho antropólogos, fisiólogos y anatomistas, fue que la estrechez del calzado era responsable de esta deformidad que de individual había ido convirtiéndose en hereditaria. El supuesto parecía tener tanto mayor fundamento cuanto que se ha observado que las mujeres presentan el mayor número de casos en que el dedo pequeño no tiene más que dos falanges, y se va achicando cada vez más.

Pero el doctor Pinitzer ha salido al encuentro de esta teoría, diciendo que el calzado no tiene nada que ver con el fenómeno; que no se trata de una deformidad, sino de un hecho que responde á la ley general del trasformismo, y que toda la raza humana, lo mismo las gentes civilizadas que las salvajes,

la elegante dama de París que calza diminuto zapato, que la negra desgarbada de Uganda que pisa con la desnuda planta el más duro carrizo, va perdiendo el dedo pequeño del pie.

«De igual modo—irreverentemente dice el sabio alemán—que hemos ido perdiendo el simio rabo con que en un principio nos dotó la naturaleza.»

Examinad, lectores, vuestros pies (y los de vuestros amigos, si os dejan y teneis valor para ello), y vereis si el doctor Pinitzer tiene razón, en lo del dedo pequeño por lo menos.

Que lo de que hemos tenido cola y de que habremos de tener en vez de pies pezuñas hendidas, es harina de otro costal.

## Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

BORDADORA

## Charada

Cuatro una dijo á un todo  
de quien es prima tres cuarta;  
—si se encuentra dos tres cuatro,  
ser prima cuatro es la causa.

A. A.

La solución en el número próximo.

## UN DUELO A MUERTE

La colonia veraniega era más numerosa que otros años en las costas del Cantábrico.

Aquellos pueblos que vistos desde la playa se asemejan á una bandada de blancas palomas, ofrecían temporal albergue á numerosos bañistas.

El telegrama comunicó un día la noticia de que el termómetro había señalado en Madrid 54 grados al medio día.

Fue celebrada esta noticia con grandes carcajadas por los viajeros, mientras se desnudaban para lanzarse á las saladas y frescas ondas, ¡54 grados! decía un distinguido joven conocido por la jovialidad de su carácter.—Seguro estoy de que acabarán por derretirse allí los canalones. Y se metió en el agua, haciendo tarde de su habilidad en el ejercicio de la natación.

Otros le imitaron, celebrando cuando estaban en el mar, con chistes é ingeniosidades, los apuros que pasarían en la villa del oso los pobretes á quienes no había sido posible salir de aquel hervidero.—Me figuro, decía uno, como picarán las chinchas si el calor excesivo las lleva al extremo de la hidrofobia. Es seguro de que no se limitaran á sacar en procesión á sus víctimas. Este año las devoran.

Por la noche las agradables fiestas se sucedían sin interrupción, favorecidas por las brisas del mar.

El canto, la música, el baile, los juegos recreativos, alternando con las excursiones por las noches claras, frescas y serenas, entretenían agradablemente á la colonia, cada día más numerosa.

El telegrama no dejaba de llevar diariamente una nota de angustia, eco obligado de los pobres habitantes que habían quedado en el hervidero.

El joven jovial á que he aludido antes, entró un día en el casino, agitando un telegrama:—Señores, viene que quema, mejor dicho, que arde.—¿Sigue el calor por allá?—Van ustedes á oír lo que el despacho dice: «Calor insufrible, 56 grados y tres décimas. Nos derretimos.» Y una sonora carcajada acogió la lectura.

Era esta risa la expresión fiel del egoísmo.

Los bañistas se alegraban de no achicharrarse.

Oyeron la noticia, con la satisfacción del que al salir de un teatro se entera de que á poco el edificio arde por los cuatro costados.

Hubo chanzas más ó menos oportunas, se refirieron algunos curiosos episodios en que el calor excesivo fue causa de trágicas escenas y todos convinieron en que si el verano se prolongaba, como por vía de consuelo anunciaban ya los astrónomos, se debía permanecer más tiempo del acostumbrado en aquellas hospitalarias playas.

Al día siguiente nuevo telegrama, este era bastante alarmante: se había declarado el cólera.

Las bromas se convirtieron en inquietudes y zozobras.

Quien temía por sus parientes y amigos; quien por sus intereses, colocando estos por encima de las personas, y no faltó quien recelara que la epidemia avanzara, hasta llegar en breve plazo hasta las playas del Cantábrico.

Veinte y cuatro horas más tarde el telegrama comunicaba una noticia aterradora: al segundo día las invasiones pasaban de mil. El pánico llegó á ser inmenso.

Aquella noche se hablaba en el patio del Casino; la conversación sostenida por el elemento joven era por momentos muy animada.

Había entre los circustantes un fanfarrón que á fuer de espáñachín, acostumbraba á imponer sus opiniones.

No permitía la menor contradicción; castigaba con sus burlas ó sus injurias al que se atrevía á controvertir cualquiera de sus conceptos, casi nunca oportunos.

Este bravo distinguido, que gozaba por su habilidad en el manejo de las armas fama de valiente, era el idolo de las mujeres, y contaba entre los hombres numerosos amigos. Al ocuparse del concepto moral del valor, dijo tales desatinos aquella noche, que el joven jovial creyó mejor tomar á broma los disparates del matachín aristocrático.

¡Nunca lo hubiera hecho!

A su fina ironía contestó con una lluvia de dicitos, que es lo que hacen los barateros y maldicientes cuando quieren imponerse á rumbo de valentía, no por la superioridad de su talento, no por la claridad de la inteligencia.

La cuestión se agrió en términos de que, antes que los circustantes pudieran evitarlo el joven jovial fue abofeteado por el otro.

Surgió con motivo de esta brutal agresión, impropia de los caballeros, un lance personal.

Mientras los respectivos padrinos celebraban las primeras conferencias, los bañistas sostenían animado coloquio, comentando el incidente.

—Me parece que tocan á muerto, exclamó con fingida pena uno de los escépticos concurrentes, aludiendo al peligro del más inesperto de los adversarios.

—Tiene usted razón, contestó otro del fúnebre corro. No hay hombre que se le ponga delante; sean las condiciones á pistola ó á espada, puede el joven jovial contarse entre los difuntos.

—Pero si el agresor tiene superioridad en los medios de ataque, el duelo no debe llevarse á cabo. ¿Caso el código del honor puede amparar un asesinato irrióico no sin cierta vacilación uno de los circustantes.

¡Asesinato! ¡Qué disparates! Todos los días estamos viendo casos de esta naturaleza. Además, el que no es ducho en el manejo de las armas que no se bata.